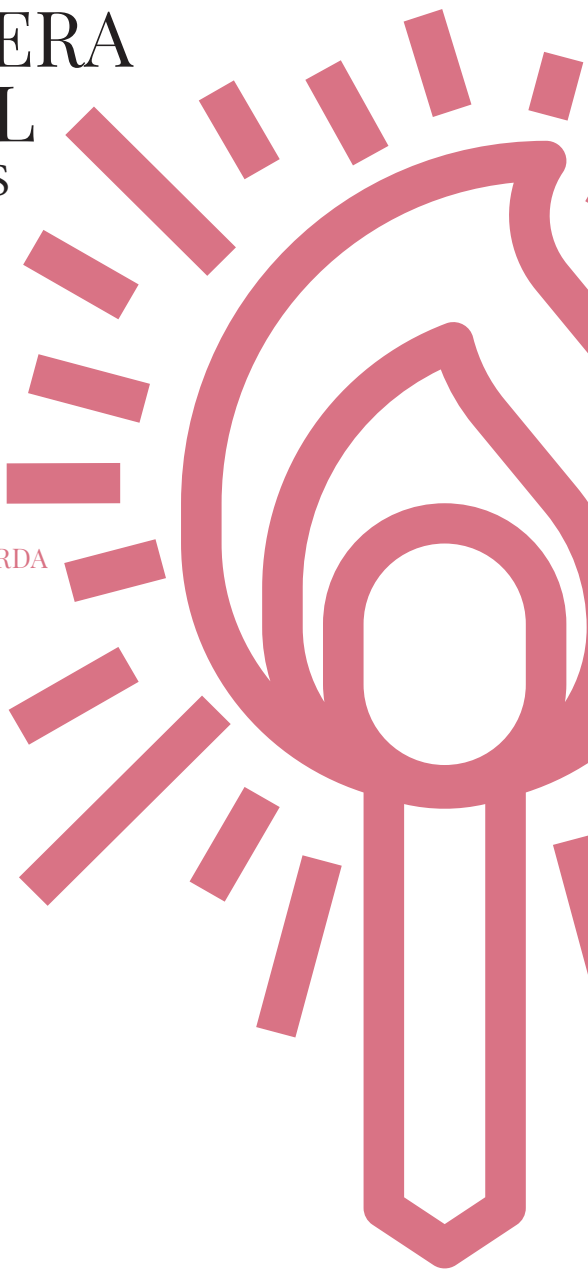


LA CERILLERA DE CRISTAL Y OTROS CUENTOS

VIVIANA GEANĂ
MARIU CÁNOVAS ROMERO
PEDRO ARQUES GALLEG0
JUAN DE DIOS BERNA MESTRE
FUENSANTA MARCOS CAPEL
BEATRIZ ROMERA SÁNCHEZ
JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

LA CERILLERA DE CRISTAL

Y OTROS CUENTOS

VIVIANA GEANĂ
MARIU CÁNOVAS ROMERO
PEDRO ARQUES GALLEGO
JUAN DE DIOS BERNA MESTRE
FUENSANTA MARCOS CAPEL
BEATRIZ ROMERA SÁNCHEZ
JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2019

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Smalllike

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La cerillera de cristal y otros cuentos*
© De los textos: sus autores
© De la presente edición:
Editorial Espacio para Contar, 2019
C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)
Teléfono: 649 09 08 11
info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-1-2
Depósito legal: MU 1330-2019
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
EL DRAGÓN DEL REINO VIVIANA GEANĂ	11
LA CERILLERA DE CRISTAL MARIU CÁNOVAS ROMERO	19
LA SABIDURÍA DE MARTÍN PEDRO ARQUES GALLEGO	25
PADRE SOL, MADRE TIERRA JUAN DE DIOS BERNA MESTRE	31
EL PECECITO Y SU ESTRELLA FUENSANTA MARCOS CAPEL	37
LO QUE PARECE Y NO LO ES BEATRIZ ROMERA SÁNCHEZ	45
LA NORIA JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA	51
«AHORA TE TOCA A TI»	59
«ÉRASE TU VEZ»	65
ANEXO	73

AGRADECIMIENTOS

Este libro debe su existencia a tantas personas que se han volcado en que los cuentos tengan una presentación digna.

A Daniel Caballero, cuyo apellido con resonancias míticas da una idea de lo que guarda su alma.

A Laura Morales de lasistemica.com que se empeña en embellecer nuestros carteles para que todo tenga un sentido más allá de la comunicación.

A La Casa de la Piedra de Murcia, lugar donde se impartió el taller y que tanta tranquilidad nos concede.

Y a la Biblioteca Río Segura de Murcia, en especial a su directora Marita Ruiz Funes, que con tanta amabilidad y prestancia facilitan que estos libros se puedan presentar en sociedad. Sin su cálida acogida nos faltaría algo.

PRÓLOGO

Ya estamos con la novena edición de un nuevo libro de cuentos entre las manos y lo que parecía un sueño no hace mucho tiempo, se va convirtiendo en una realidad cada vez más clara y definida. Publicar los cuentos que escriben los asistentes al taller Érase tu vez es un privilegio difícil de expresar, porque están cargados de las imágenes simbólicas que su inconsciente les brinda. Y este generoso gesto —el compartirlos con todos nosotros— les confiere talla de héroes, de heroínas.

Viviana Geană, Mariu Cánovas Romero, Pedro Arques Gallego, Juan de Dios Berna Mestre, Fuensanta Marcos Capel, Beatriz Romero Sánchez y Juana María Vivancos Gabarda han plasmado parte de su viaje personal por esta vida para que podamos leerlo y, si llega el caso, identificarnos con sus peripecias que, al fin y al cabo, son las de toda la humanidad.

Desde Espacio para Contar deseamos a este libro largo recorrido, como largos son los viajes de los grandes héroes, para que llegue hasta lo más recóndito del alma humana, entonces habrá merecido la pena todo el esfuerzo.

Para la niña que fui.

Y para la niña que sigue dentro.

EL DRAGÓN DEL REINO

VIVIANA GEANĂ

Erase una vez un joven Príncipe que llevaba mucho tiempo viajando en busca del enemigo más grande y oscuro que amenazaba su reino, el Dragón.

Un día, al cruzar un río, tropezó con una piedra y se cayó. Aunque aquello parecía solo un riachuelo, la corriente le arrastró hasta que pudo agarrarse al tronco de un árbol caído. Mientras colgaba de ahí, vio un montón de peces pasando delante de su nariz, y hasta una rana torpe, que dando un salto, casi se le cayó en la cara. Esto le despertó de su ensoñación. Inhaló profundamente, cogió fuerza y consiguió subirse al tronco. Por fin pudo caminar y consiguió llegar hasta el otro lado.

Ahí vio, en un prado verde y luminoso, un círculo de niñas con cabellos de oro jugando y riéndose. Se dio cuenta que no eran crías corrientes, eran hadas. En el medio de ellas reinaba la Madrina Hada. Algunas de las haditas la estaban peinando. De su pelo caían, de vez en cuando, las perlas de la sabiduría. Cada vez que caía una perla, la recogían con mucha delicadeza y la ponían en una caja tapizada de terciopelo rojo. En la caja, encima de las perlas, reposaba el granate más grande y brillante que el Príncipe jamás había visto e imaginado en su vida.

Mientras el joven se acercaba con pasos cautelosos, las haditas

no parecían prestarle mucho interés. Pero a una señal de la Madrina Hada todas pararon de golpe sus frenéticas actividades.

El Príncipe se aproximó cada vez con más prudencia. No sabía si había interrumpido un ritual sagrado o solo un juego. Al mismo tiempo, temía haber entrado sin darse cuenta en el territorio de su temido enemigo, y que aquella podía ser alguna de sus trampas para atraerlo. Había escuchado historias de otros jóvenes temerarios que se habían adentrado en bosques encantados y nunca consiguieron volver a casa, se les habían encontrado solo los huesos... a veces ni siquiera los huesos.

De repente, la Madrina Hada se levantó y cogió la caja de terciopelo. Su aspecto y su vestimenta imponían tanto que, de manera casi instintiva, el Príncipe se arrodilló delante de ella. Para su sorpresa, el Hada le tendió la caja, diciéndole:

—Llevaba mucho tiempo esperándote, joven. Si hubieras tardado solo un día más, esta preciosa piedra y las perlas se habrían transformado en polvo. Un polvo brillante, por cierto, pero un polvo que se lo podría llevar el primer viento. Toma, son todas tuyas, te las has ganado. Yo solo estuve custodiándolas.

El granate era el fruto que daba un loto cuyos pétalos lo habían albergado y protegido de todos aquellos que lo anhelaban. Las hadas lo habían cuidado esperando el día en que el único valiente que podía llevar a cabo la dura y larga travesía hasta el territorio del Dragón llegara. La Madrina Hada era la única que conocía el verdadero don y el nombre de la piedra: Amor.

El Príncipe sabía muy bien lo que representaba el granate. La salvación de todo su reino, bajo el dominio del Dragón desde hace muchísimos años, dependía de él. Aquella piedra era la única arma que podía vencer al poderoso enemigo cegándole con su potente brillo.

El joven la cogió con mucha delicadeza con las dos manos, la besó y la estrechó en su pecho, guardándola bajo su camisa. Dán-

doles las gracias, se despidió de las hadas y volvió al río, esta vez en una barca que le regalaron.

Se hizo de noche. Era una noche muy oscura. Las nubes habían escondido celosamente a la luna. Por mucho que se le resistía, el Príncipe notaba cómo le entraba cada vez más un cansancio todopoderoso que le ablandaba. Después de un rato no pudo más y, a pesar de sus esfuerzos, cayó rendido en brazos del sueño. Mientras tanto, la barca seguía su curso y, después de un tiempo, se adentró en el territorio de su temido enemigo.

Mientras el Príncipe soñaba, dejándose mecer por el dulce ritmo de la corriente, de repente se escuchó un rugido ensordecedor. Abrió los ojos asustado y vio emergiendo de las negras aguas al temido Dragón, que con un solo gesto le robó el granate, sin que él pudiera oponerle resistencia alguna. Poco faltó para que lo matara también, como había hecho con otros valientes, pero como empezaba a hacerse de día, el Dragón se preocupó de retirarse a tiempo.

El Príncipe se quedó desolado en medio del Lago de la Amargura, un marjal que se había formado por las lágrimas de los infelices que habían intentado oponerse en su día al gran enemigo. Asimismo se les sumaron las suyas. El joven no paraba de tirarse de su cabello lamentándose: «¿Cómo pude ser tan descuidado?». Había tenido en sus manos el gran tesoro y en un momento de descuido lo había perdido todo: su reino estaba ahora a punto de ser completamente aniquilado.

Miró alrededor. El lago estaba completamente en calma. No se escuchaba ningún ruido. No había ni una ola. ¿Dónde podía haber desaparecido su enemigo? Ahora no le quedaba otra opción que buscarlo y afrontarlo, con toda la enorme ventaja que el Dragón le llevaba.

Halló en un bolsillo las perlas de la sabiduría. Las miró con una triste sonrisa: ¿de que le podían servir ahora? De repente, se acordó de un detalle que mencionaba una de las muchas historias que había

escuchado acerca de aquel personaje, al cual no había prestado mucha atención en su momento. Decían que al Dragón le gustaba mucho la música. Era difícil creer que un monstruo pudiera gozar de algo tan delicado, pero decidió probar, no tenía nada más que perder.

No le venía ninguna canción a la mente. La única de la cual se acordó fue la nana que le susurraba al oído su nodriza antes de irse a la cama cuando era niño:

—Nani, naniii, puiul mamiii/Nani, nani, nani, naniiii... — murmuró una vez y no pasó nada. La superficie del lago seguía inmóvil e indiferente.

Cantó la nana una y otra vez.

Al tercer intento se escuchó un tremendo rugido y, de repente, se alzó del agua su terrible rival. Sostenía entre sus dientes la muy deseada piedra: el granate, que brillaba como mil soles de color púrpura. El Príncipe tuvo que bajar su mirada, para no quedarse cegado por la tremenda luz.

«Rápido, tengo que actuar muy rápido, ahora o nunca» —pensó el Príncipe mientras seguía cantando la nana, aproximándose al borde del barco en el cual se apoyaba su enemigo.

Se le ocurrió una insensatez: hacerle cosquillas, a pesar de que la alimaña tenía el cuerpo cubierto por gruesas y resbalosas escamas.

Tomado por sorpresa, el gigante empezó a reírse a carcajadas. El granate cayó rodando por el barco. El Príncipe lo cogió enseguida y estuvo a punto de cegar al Dragón para poder matarlo más fácilmente.

Pero algo le hizo parar su movimiento: ahora que tenía de nuevo entre sus manos la poderosa piedra, no había ninguna prisa. La batalla estaba ganada. Mirando, esta vez de frente, al Dragón, constató con sorpresa que su temido adversario empezaba poco a poco a cambiar de aspecto. Sus enormes alas iban transformándose en los brazos de un niño. A cabo de un rato, del inmenso ente no quedó nada. En su lugar, apenas sujetándose del borde del barco, había un niño que se miraba a sí mismo con asombro.

Tan sorprendido como el crío, el Príncipe le levantó en sus brazos y le ayudó a subir al barco. El pequeño, intentando tapar con torpeza su desnudez, empezó a llorar, implorándole al otro:

—No me hagas daño, por favor, soy hijo de rey. Un día me escapé del palacio de mis padres, me encontré con un brujo que me maldijo, transformándome en Dragón, hasta el día en que pudiera volver a reírme. Llévame hasta el reino de mis padres y te colmarán de regalos.

El Príncipe no se dejó rogar dos veces, a pesar de no confiar del todo en lo que le decía el niño. Podría ser otro truco del Dragón para engañarlo y desviarlo otra vez de su camino. Pero algo le dijo de arriesgarse y seguir las instrucciones del chiquillo.

Cuando llegaron al destino, el Príncipe se dio cuenta que el palacio de los padres del niño se hallaba en su mismo reino: eran sus propios padres los que llegó a encontrar ahí. No habían tenido un solo momento de paz desde la desaparición del Príncipe. Casi habían perdido la esperanza de volver a verlo, como les había pasado con el otro hijo, que habían perdido muchos años atrás, después de una pelea familiar.

El Príncipe no conocía la existencia de su hermano y siempre había pensado que era hijo único. Nunca le habían hablado de él. Se abrazaron durante un largo rato sin poder quitarse los ojos de encima, siendo la primera vez que se veían de verdad.

—Hermano —le dijo el Príncipe—, guarda esta preciosa piedra, te pertenece de veras. Gracias a ti recibí un regalo mucho más grande: un hermano que nunca supe que existía.

Hermanos y padres se dieron todos un enorme abrazo. El Dragón que había amenazado al reino durante tantos años había desaparecido. La maldición también se había esfumado. Después de aquel día, pudieron vivir en paz y felices.

FIN

A la familia escogida, y a la No Escogida, aún más.

Pues una no existe sin la otra. Y viceversa.

LA CERILLERA DE CRISTAL

MARIU CÁNOVAS ROMERO

rase una vez una Niña con la piel de color transparente. Era una Niña de Cristal. Sí: existen niños que son invisibles.

Estos niños son de tal fragilidad que necesitan encender una cerilla tras otra para poder alumbrar su camino y no romperse contra las personas y las cosas del mundo.

El tiempo que dura ésta, dura su felicidad en forma de tranquilidad. Y es cuando la cerilla se apaga, que la oscuridad se apodera de ellos. Entonces buscan con las manos bien abiertas agarrarse a cualquier cosa que no sean ellos mismos.

Es por eso que esas manos recogen cosas de todo tipo, cosas que otros niños han ido dejando por su camino.

Cuando se apagó el último fósforo y la caja quedó vacía, la niña de cristal encontró un reloj. Era un reloj muy pesado. Un reloj cuyo tiempo era imposible de abarcar... Había tantas manecillas como corazones de otros niños invisibles latiendo en esa esfera: el sonido era ensordecedor.

La Niña de Cristal se dispuso a arrancar una a una cada manecilla, buscando su propio tiempo. Un trabajo que la fue agotando como quien lucha contra cada rama que hay que apartar cuando nos perdemos en una selva.

Una vez hubo arrancado la última, el reloj quedó finalmente vacío, y la Niña de piel invisible se perdió en el silencio más absoluto.

La cerillera de cristal rezó en forma de canción en medio del silencio, en el cual apareció una Golondrina Cualquiera que le susurró al oído:

—Ha llegado el momento niña. Ahora dormirás profundamente.

—No puedo —contestó la niña—. ¿Qué pasará con mi piel de cristal? El aire me hará añicos.

A lo que la Golondrina Cualquiera respondió:

—Con los ojos cerrados volarás a mi lado. No debes preocuparte por nada.

Y dicho esto besó la punta de su nariz y la Niña de piel de color cristal fue deshaciéndose en un sueño lleno de plumas.

Pasó un tiempo desconocido por los días y las noches hasta que despertó a las orillas de un mar inmenso. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí: la luz cegadora que tanto había anhelado estaba por todas partes.

Siempre había pensado que gracias a la luz conseguiría verse a sí misma, al igual que veía todo lo que se encontraba cada vez que había encendido una cerilla. No había contado con que la luz, al igual que la sombra, traspasaba su piel de cristal.

—Sólo existiré si dentro de esta luz consigo dibujar mis sombras.

Y en ese momento una partida de golondrinas aparecieron sobre su cabeza y se fueron posando una a una en cada palmo de su piel de color transparente.

Allí cerraron todas sus ojos, pues como bien se sabe, las golondrinas no tocan nunca tierra. Fue así como dejaron de respirar. Sólo hubo dos golondrinas que volvieron a despertar: las que tenía anidadas en los ojos.

La golondrina izquierda miró a la derecha y le dijo:

—Ha llegado la hora.

La golondrina derecha asintió guiñando el ojo y emprendieron el vuelo hacia el mar que esperaba enfrente, entonando una canción de Otoño.

La cerillera reconoció la melodía y sus dos pies siguieron el canto de sus dos golondrinas hasta el agua.

Entró en el mar.

Un pie, luego el otro.

Vio su imagen reflejada en el agua tan transparente como una vez ella fue, sólo que ahora toda ella era de color sombra golondrina. A medida que iba sumergiéndose en el mar, una a una las golondrinas muertas fueron desprendiéndose de su piel, y cada una de ellas era recogida por una pequeña ola encargada de llevarlas muy lejos, a casa. Pues todas las golondrinas aunque nómadas, tuvieron un día en el que pertenecieron a un nido.

En estos momentos la cerillera ya no es una niña. Ya no es oscura ni es transparente: es una mujer que respira bajo el agua.

Un lugar donde los pensamientos respiran con facilidad. Un espacio donde el único reloj que oye es su propio y único corazón. Latiendo...

FIN

A don Martin Carpio, in memoriam.

LA SABIDURÍA DE MARTÍN

PEDRO ARQUES GALLEGO

Erase una vez un ser extraordinario, como emanado del Olimpo, según el pensamiento de la época. Se llamaba Martín y su sabiduría manaba cual manantial de agua fresca que nunca te deja de sorprender.

Si nos introducimos en su época, frágil, difícil, nos trasladaríamos a una burbuja de jabón que podría reventar en cualquier momento.

Nos adentramos en un bosque muy frondoso, donde cada árbol representa un personaje, es la vida misma —¡quién lo diría en un bosque!—. Acaso el bosque tiene dictadura, falta de libertad... pero conforme penetramos en busca de ese ser llamado Martín, nos va enseñando los senderos del bosque, la cima de las montañas, la cúpula de los árboles... y nos describe, como si de un sueño se tratara, qué misión tiene cada uno en el bosque, colocándonos a cuantos le rodeamos para escuchar sus sabias palabras.

De entre todos los árboles del bosque, emerge uno con muchas inquietudes, Pedrín, que le hace varias preguntas. Martín, sabio donde los haya, se brinda a escucharle y se ofrece a responder a sus inquietudes. Pedrín, un árbol joven, no sabe a qué se enfrenta y decide abrir sus ramas intentando abrazar a Martín, el hombre sabio.

—¿Qué hago en este frondoso bosque? ¿Sólo tengo que esperar la escarcha matutina para crecer? ¿Cómo creceré si no me puedo mover de dónde estoy? Estoy atrapado en este bosque. ¿Me puedes responder a todas estas cuestiones? —pregunta Pedrín.

Esa mañana Martín se marcha pensativo del bosque sin dar respuesta.

Pasados unos días, Martín vuelve al bosque al encuentro con la naturaleza, donde disfruta y se siente libre, sin coacción, sin límite de tiempo, y tras un rato caminando se adentra en el camino que le conduce al árbol Pedrín, quien le hizo aquellas preguntas. De pronto se detuvo ante aquel árbol joven y de nuevo escuchó su voz que le dijo:

—¿Por qué no me respondiste el otro día? He estado inquieto, no sé qué hacer con esta vida que me tiene apartado del mundanal ruido y donde no obtengo respuestas. No es frecuente ver pasar por aquí gente de tu sabiduría, porque yo sé que eres inteligente y me puedes ayudar. ¿Por qué no? Yo no pertenezco a este mundo paralizado, necesito movimiento, ver otros bosques, otros desiertos, otras montañas, otros lugares, tengo inquietudes y necesito respuestas que me hagan salir de esta monotonía.

Una vez más, Martín abandonó el bosque sin decir nada. Pedrín, sorprendido, pareció no comprender a los seres humanos. ¿Acaso eran iguales que los árboles?

Pasados unos días Martín volvió al bosque, esta vez bordeando un pequeño lago, se detuvo un momento, se sentó en una gran piedra mientras contemplaba el agua del lago, se asomó y vio reflejada su cara en el agua cristalina, con los árboles de compañeros en el espejo del agua. Los vio de muchos tamaños, inmóviles, pasivos, formando parte del paisaje y de pronto se acordó de Pedrín, aquel árbol joven inquieto y distinto de los demás. Pausadamente abandonó el lago para adentrarse, una vez más en el bosque, esta vez en busca del árbol Pedrín. Martín consideraba que debía dar respuesta

a sus preguntas, puesto que no era un árbol cualquiera, sus inquietudes y anhelos necesitaban respuestas.

Al cabo de un rato, estaba frente a Pedrín que, en esta ocasión no le hizo ninguna pregunta. Martín pensó que estaba enfadado y decidió preguntar.

—¡Pedrín! ¿Estás ahí? ¡Pedrín! ¿Estás ahí?

El silencio permanecía, Martín aguardó un rato y cuando iba a emprender la marcha, escuchó la voz de Pedrín.

—¿Por qué has tardado tanto en venir? No obtengo respuestas de estos árboles que me acompañan, sólo tú puedes satisfacer mis inquietudes.

—Pregunta lo que quieras —le dijo Martín.

—¿Cómo puedo salir de este bosque? Necesito vivir algo distinto, esto no es para mí —le dijo Pedrín.

—Difícil pregunta —dijo Martín—, la vida nunca para, todo sigue su curso y si tú has nacido para estar en el bosque, tendrás que estar en él.

—¡No! Eso no es posible —dijo Pedrín—. Necesito salir del bosque, necesito crecer en otras latitudes, necesito extender mis ramas más allá de donde estoy actualmente y sé que tú puedes ayudarme, estoy atrapado, sin salida.

Martín abandonó el bosque en silencio, pensativo y preocupado por las inquietudes de Pedrín.

Pasados unos días llegó al bosque con una pala y una camioneta, fue hasta el árbol Pedrín y empezó a cavar alrededor minuciosamente para no dañar sus raíces. Una vez que lo extrajo de la tierra lo montó en la furgoneta para trasladarlo a un gran parque, junto a todo tipo de árboles y visitado diariamente por mucha gente. Una vez allí Martín hizo un agujero y trasplantó con mucho esmero y cuidado el árbol Pedrín, lo regó y se marchó.

Al cabo de unos días Martín volvió al gran parque para ver si el árbol Pedrín se había adaptado a su nuevo hábitat y vio, con

gran alegría, que había crecido. Sus ramas empezaban a extenderse, su color se había vuelto de un verde más intenso, estaba frondoso. Fue entonces cuando le preguntó a Pedrín cómo le había sentado el cambio y si tenía alguna pregunta para él. Pedrín, ante todo, le agradeció haberlo sacado del bosque donde se sentía encarcelado y haberlo trasladado a su situación actual.

—Aquí tengo con quien hablar todos los días, gente más culta, menos culta, de distintas edades, ellos me enseñan cosas que voy a necesitar en mi crecer a lo largo de mi existencia, pero tú, Martín, me enseñaste a ser paciente, a ser receptivo, y que tenía que estar en el espacio de los obedientes para dar el salto que me condujera a encauzar mi propia vida, donde yo elijo, decido, soy libre, dejando atrás años carentes de libertad, sometido a la oscuridad, puesto que no llegaba a alcanzar la luz. Otros árboles más grandes que yo me impedían crecer. Ahora veo con claridad, me trasplantaste a un lugar donde alcanzo la luz, me deja crecer, puedo aprender y algún día llegaré a encontrar todas aquellas inquietudes que me tenían oprimido. ¡GRACIAS MARTÍN!, sin ti no hubiese sido posible.

De pronto se hizo un silencio prolongado, no se escuchaba ninguna voz, ni sí, ni no, Pedrín crecía, al fin y al cabo Martín había realizado un acto de amor.

Martín iba diariamente a ver crecer a Pedrín, que todos los días le sonreía. Pasaron los días, los meses y algunos años, no muchos, Martín se apagó como una vela y Pedrín siguió creciendo y creciendo y creciendo...

FIN

PADRE SOL, MADRE TIERRA

JUAN DE DIOS BERNA MESTRE

El SOL estaba enfadado y cansado, ya que tras seguir una y otra vez las órdenes de la estrella central del universo: NÚCLEO, había dado y quitado la vida a cada uno de los planetas de su sistema.

Primero fue el gran JÚPITER, en el que tras muchos años de evolución en el amor por los seres que lo habitaban, empezó a crecer el conocimiento y surgió la tecnología que intentaba imitar la sabiduría eterna, de forma que el oscurecimiento y su maldad se extendieron cada vez más por los habitantes, y el horror llegó a tal extremo, que Núcleo no tuvo más remedio que ordenar al Sol que lo destruyera, y con su luz lo convirtió en un planeta gaseoso inhabitable, aunque respetó su tamaño majestuoso y por supuesto a sus hijas: las hermosas lunas.

La misma suerte corrió SATURNO, a pesar de poseer el «anillo de la verdad» en el que residía la sabiduría de todo el universo. Al final sus seres se apartaron del camino de la luz y el amor, y casi lograron gobernar todo el universo utilizando la sabiduría de su anillo, por lo que el Sol no tuvo más remedio que aniquilar toda forma de vida y, al igual que a Júpiter, lo convirtió en un planeta gaseoso inhabitable, eso sí, respetando el anillo de la verdad, que aún lo rodea.

Núcleo llegó a un acuerdo con su amada INFINITA, y crearon dos planetas muy cercanos al Sol: VENUS y MERCURIO, en los que vivieron seres que lograron evolucionar hacia tal estado de amor y bienestar, que fueron referencia en todo el universo, ya que Núcleo e Infinita nunca antes habían contemplado la maravilla de las experiencias que acontecían en estos planetas, las cuales les llevaron a una felicidad y a un equilibrio tal, que les sirvió de ejemplo a la hora de crear nuevos planetas y seres vivos en nuevas galaxias y sistemas estelares. La paz y armonía que se respiraba en Venus y la alegría y entusiasmo que gobernaban Mercurio eran colosales, por lo que un «meteorito regalo» impactó en Venus para que sus seres evolucionaran en la capacidad de viajar al planeta cercano de Mercurio. Pero el desenlace de las cosas que se producen por primera vez es impredecible, y cual fue la sorpresa del Sol al observar que la interacción entre ambos planetas trajo destrucción y muerte, de forma que no tardó en recibir órdenes de aniquilar toda forma de vida, y así lo hizo, pero esta vez era tan grande el cariño que tenía a sus planetas, que decidió mantenerlos en un estado rocoso, con la esperanza de recibir en un futuro órdenes de volver a traer la vida a ellos.

Pero no fue así, sino que el Dios y la Diosa del universo decidieron crear dos nuevos planetas: EVA y MARTE, con la esperanza de que sus habitantes, al contemplar en el cielo los cuatro planetas en los que el amor había fracasado, encontraran la forma de no seguir la misma suerte. Sin embargo, el Sol decidió, de forma propia, no dar vida a los dos a la vez, pues sintió algo muy especial por Eva y decidió dejarla estática y sin vida, reservándola como su última esperanza. Lo que ocurrió en Marte fue algo tan triste que está prohibido mencionarlo en todo el universo, bajo pena de muerte, aunque el final del «planeta rojo» es lógicamente conocido: el Sol quemó todo vestigio de vida que allí residía.

Y llegó el momento de dar vida a la última esperanza del Sol:

Eva. Tras recibir las órdenes de Núcleo (Dios), que había tardado mucho tiempo en llegar a un acuerdo con Infinita (Diosa), el Sol envió a ADÁN (ADN), una enorme bola de fuego, que impactó con Eva y se introdujo en su interior, de forma que con la unión de ambos se creó el planeta TIERRA y se formó la LUNA, Sele-ne, hija de la Tierra (Adán y Eva). La Tierra y la Luna comenzaron a girar al unísono, y empezó a existir la noche y el día.

El Sol estaba muy contento, su joya, el planeta Tierra, ya poseía los cuatro elementos que equilibran al Dios y a la Diosa: agua, fuego, tierra y aire, pero a su vez estaba muy preocupado, esta vez no podía fallar, deseaba observar la vida en la Tierra hasta el final de sus días, sentía que era su última oportunidad, de forma que pidió consejo a muchas de las estrellas del universo, y entre las múltiples posibilidades decidió que tenía que haber un guardián de todo el planeta, conectado al Sol a través de su centro (Adán) y así fue como apareció el hijo, el ángel caído: CAÍN, ser inmortal con el poder de crear, destruir y transformar todos los tipos de vida del planeta Tierra, capaz de manejar a su voluntad los cuatro elementos necesarios para la vida, aunque, eso sí, siempre tras la aprobación de su padre —el núcleo de la Tierra: Adán—, con el permiso de su madre —la superficie de la Tierra: Eva— y por supuesto, con la complicidad de su hermana Sele-ne, en la que se refleja cada luna llena la imagen de un feto en el vientre de su madre, para recordar a los humanos, «los favoritos», el significado de la vida y la necesidad de encontrar el equilibrio entre la luz y la oscuridad que reside en ellos.

Sin embargo, parece que tras varios ciclos de vida y destrucción en la Tierra, hoy día nos encontramos al final de un ciclo vital, pues ya casi ningún humano reconoce la imagen del feto en la luna llena, ni recuerda el origen y el significado de los siete días de la semana: Lunes (Luna), Martes (Marte), Miércoles (Mercurio), Jueves (Júpiter), Viernes (Venus), Sábado (Saturno) y

Domingo (Sol). Y a nuestro guardián Caín se le relaciona con lo oscuro y su maldad, dándole nombres que infunden miedo: Demonio, Satanás, Belcebú o Lucifer, de ahí que haya decidido vivir oculto en el fondo del mar o en el interior de grandes montañas, compartiendo su tristeza con el Sol.

Hace 2000 años Caín —en forma del ángel Gabriel— otorgó poderes de luz a un hombre: Jesús, y un nuevo ciclo comenzó para la humanidad. Esta vez, aunque Caín y Adán hayan perdido toda esperanza, el amor de la Madre Tierra (Eva) por sus mujeres, «las favoritas», hará que una niña sea elegida como la «nueva luz del día»: Lucía, que conectada a la Madre y guiada por su hermana Selene, mostrará la importancia de la Tierra, el Agua y la Luna a las demás mujeres, y reconectará a los hombres con el Sol, el fuego y el viento. Y un nuevo ciclo empezará.

FIN

EL PECECITO Y SU ESTRELLA

FUENSANTA MARCOS CAPEL

Había una vez un pequeño pececito negro que cada noche, mientras los demás dormían, subía a la superficie a contemplar el cielo, asombrándose con su belleza.

Al pececito le gustaba mirar la luna y cada una de las estrellas y especialmente una que le llamaba poderosamente la atención.

No era la más grande, ni la que más brillaba, ni la que pasaba fugaz recogiendo deseos pero, cada vez que la miraba, su corazón latía con más fuerza.

Por la mañana, el pececito les contaba a sus padres lo que veía cada noche pero, ellos, atareados con sus quehaceres, no le hacían mucho caso.

Su madre algo extrañada por su conducta le repetía:

—Hijo, deja de mirar estrellas. ¿Dónde se ha visto que un pez haga esas cosas? Además, como no duermes bien, luego vas todo el día cansado.

El pececito se ponía triste. No podía entender que a sus padres no les gustara mirar el cielo.

Pasado un tiempo, el pececito les acabó haciendo caso y dejó de buscar cada noche su estrella. Comenzó a dormir como el resto de peces.

En el estanque la vida transcurría y cada cierto tiempo llegaban

nuevos habitantes. Rocas, flores y nuevos compañeros con maravillosos colores con los que el pececito se maravillaba.

Un triste día todo cambió.

La familia que habitaba el palacio en el que se hallaba el estanque se marchó y el jardín quedó sin cuidado. El agua dejó de renovarse y, poco a poco, los peces fueron quedando sin oxígeno y muriendo. El pececito, no se sabe muy bien cómo, fue el único que acabó sobreviviendo.

Se sentía más solo que nunca y empezó a reunirse cada noche de nuevo con su estrella.

Un día en el que llovió con mucha intensidad, una rana cayó, como del cielo, al estanque.

El pececito se acercó a ella con miedo. Era grande, muy verde y muy extraña —nunca había visto una—, y lo que más le disgustaba de ella eran esos grandes ojos negros que cada vez que le miraban se le clavaban como alfileres.

Al tiempo se hicieron amigos y al pececito le encantaba escuchar las historias de la vida de la rana.

—¡Qué grande es el mundo! —pensaba el pececito— y yo solo conozco mi estanque, cada vez más opaco, sucio e inhabitable.

El pececito se iba apagando casi sin darse cuenta.

Una mañana, al despertar, vio la cabeza de una niña asomándose al estanque.

Una nueva familia había llegado al castillo, resultando ser la niña la pequeña de las hijas que, además, eran princesas.

A la princesa le conmovió la tristeza del pececito y decidió hablar con él. Esta poseía un anillo mágico que le permitía transformarse en cualquier cosa que deseara.

Convertida en pez se metió al estanque.

—Pececito ¿qué te ocurre que estás tan triste?

Entonces el pececito le abrió su corazón.

Le contó que había perdido a su familia, a sus amigos y que

lo único que le mantenía con vida es el poder mirar cada noche su estrella.

Quería poder realizar viajes tan maravillosos como los de la rana del estanque y estaba seguro que así podría encontrar alivio a tanto sufrimiento.

La princesa entendió y decidió concederle su deseo.

—Está bien pececito —le dijo—, te vas a convertir en lo que yo soy y yo me quedaré convertida en pez aguardando tu regreso al estanque... si regresas.

El pececito, feliz, se transformó alzándose sobre el agua para poder salir del estanque.

Al principio le resultó un poco raro el andar —además con esa incómoda ropa que se le pegaba al cuerpo— pero iba tan feliz con las novedades que le ofrecía el camino que se olvidó de la incomodidad del ropaje. Entonces se dirigió al castillo.

Allí le aguardaba el rey, su padre, para presentarle al que sería su futuro esposo, el marqués de la Tierra de Fuego. El marqués resultó ser alto, muy alto y grande, muy grande, y tan alto y tan grande como feo. La miró de arriba abajo como quien mira un caballo y empezó a sonreír mostrando unos dientes negros y torcidos.

La princesita tembló de miedo, pero luego pensó que quizá no fuese tan horrible como parecía... además... ¿qué podía ser peor que lo que ya había vivido en su pequeño estanque?

El día de la boda llegó y la princesa, ataviada con las mejores joyas y ropajes, estaba más guapa que nunca. El único problema era que su corazón no dejaba de preocuparla con miedos. Una vez más, la princesa no le hizo caso.

La noche de bodas ya empezó mal. Su marido se abalanzó sobre ella como una bestia dejándola casi sin respiración. Ella intentó gritar pero no pudo. La relación fue a peor. Nada bueno recibía de él.

La princesa estaba muy triste. Pasaba horas y horas vagando por los jardines del palacio intentando buscar consuelo. No tenía a

quien decirle lo que le pasaba y la Tierra de Fuego quedaba muy lejos de su hogar.

Una tarde en la que amenazaba lluvia se adentró en un jardín con frondosos árboles para protegerse. Allí vislumbró un sendero en el que nunca había reparado. Al final había una casita que parecía habitada.

Con el miedo que ya conocía en su corazón llamó a la puerta y le abrió una encantadora mujer que la invitó a pasar. En aquella casa encontró una tranquilidad y una paz desconocidas para ella. Cada vez que iba olvidaba sus problemas, por lo que sus visitas se convirtieron en diarias.

Un día en el que ya se marchaba, pues se le hacía tarde, se encontró con que en la puerta había una reja. No podía salir. Al volverse, la maravillosa casa se convirtió en una choza oscura y sucia habitada por ratas e insectos de todas clases. Cuando miró a la mujer esta se quitó la piel dejando al descubierto una bruja.

La princesa la reconoció. Era una de las brujas más peligrosa de todos los reinos.

La princesa se dirigió a una esquina, se sentó y lloró amargamente su culpa. Había llegado hasta ahí por no escuchar a su corazón.

Pasaron días, meses, años, hasta que una de las ratas preferidas de la bruja se le acercó para darle una llave.

—Toma y vete —le dijo— quiero que mi ama sea solo para mí.

La princesa corrió hacia la puerta y escapó.

Una vez hubo salido se acordó de dónde venía. Vino a su cabeza su estanque y el pez que la aguardaba...y su estrella.

Nada más pensar en eso la estrella bajó del cielo indicándole el camino de regreso.

La princesa sonrió. Y con ella su corazón.

Tras varios días, o meses, o años —nunca lo supo con certeza—, la princesa llegó al estanque. Se asomó y reconoció a la verdadera princesa, que le esperaba.

Se metió entonces al estanque lentamente, primero un pie, luego otro pie, las piernas, la cintura, los brazos...

Cuando estaba a punto de sumergirse, su estrella bajó del cielo para darle un gran abrazo. Un abrazo de amor y luz.

Luego se marchó.

Cuando el pececito entró por completo al estanque este se iluminó.

El pececito ya no era negro.

Ahora era de un color plata intenso que se podía ver hasta en la oscuridad.

Y reflejaba, día y noche, cada uno de los colores de los habitantes del estanque.

Y colorín colorete...

...el cuento se fue en un cohete...

FIN

LO QUE PARECE Y NO LO ES

BEATRIZ ROMERA SÁNCHEZ

n día que el sol salía entre las montañas grises, surgió de una gran flor roja, como de la nada, una hermosa niña. Sus ojos brillaban como luceros en una noche estrellada. De su pequeña y diminuta boca salió una hermosa sonrisa.

—¿Cómo es posible? —comentaban los vecinos al verla.

De una flor... de una flor... y surgió el nombre: Mariflor, que corrió como la pólvora por toda la aldea.

La niña creció rodeada de cariño, todos alababan su belleza, era libre, le gustaba jugar en la pradera, no sabía de problemas, no tenía enemigos, era feliz, ayudaba a sus vecinos y todos la querían. Todos menos un personaje de la aldea que le tenía mucha envidia, Olivia se llamaba.

Mariflor nunca había hablado con ella, no la conocía ¿por qué ese odio?.

Cuando aún no había nacido Mariflor, Olivia tuvo un sueño. El sueño decía que una niña muy especial enamoraría a toda la aldea.

—¡Qué bien! Esa soy yo. Seré famosa, seré envidiada, seré rica y un apuesto príncipe se enamorará de mí.

El tiempo no le dio la razón pues vino a esta aldea la pequeña Mariflor que desde su inicio enamoró a todo el mundo.

Olivia no sabía qué hacer para quitársela de en medio. Se le

ocurrió hacerle un hechizo ¿pero qué podía hacer? Tenía que estar muy bien preparado, nadie debía sospechar de sus intenciones.

Estuvo pensando y pensando...

—Le puedo regalar unas infusiones para que le crezca el pelo, parecerá una osita, le saldrá por la nariz, boca, orejas, bigote, jajaja-ja... pero no, podría depilarse y seguir igual de bella.

—Le podría pintar toda la cara de verde cuando duerma... pero no, con quitaverde se lo quitaría todo.

—Le podría cambiar el champú y ponerle alquitrán... ¿te la imaginas toda negra?, pero no, se lo quitaría con quitaalquitrán. No encuentro nada que se me pueda ocurrir para que dejen de admirarla.

Un día, por casualidad, pasó por la aldea un cortejo acompañando al príncipe y su madre.

Olivia cuando se enteró de la noticia pensó:

—Seguro que Mariflor enamorará al príncipe.

Estaba Mariflor cogiendo agua de la fuente y Olivia se aproximó para verla de cerca. Ella también quedó deslumbrada ante tanta belleza, tanta bondad, tanta ingenuidad.

—Cómo he podido pensar en hacer daño a esta criatura celestial, soy una mala persona.

Muy arrepentida Olivia se retiró llorando amargamente pensando lo que había pretendido hacer, no se lo podía perdonar.

Iba tan triste y aturdida que no se dio cuenta y tropezó con un chico.

—¡Perdón!

Sus ojos se encontraron y como si de magia se tratara salieron unas chispas que todo el mundo pudo ver. Olivia estuvo a punto de rodar por el suelo, pero unas manos poderosas la sujetaron a tiempo.

—¿Se ha lastimado hermosa doncella?

Olivia no podía articular palabra... ¡Era su héroe!

El galante príncipe se ofreció para acompañarla, en el camino entablaron una conversación y rieron como si se conocieran de toda la vida.

La madre reina, desde las ventanas de sus aposentos, observó a su hijo, nunca lo había visto tan feliz.

Invitaron a Olivia al palacio real y al día siguiente salió el cortejo hacia su nueva vivienda.

Por los datos que dispongo esto no es un cuento al uso pues el príncipe por una vez eligió a la que no era tan bella. Eso le sirvió a Olivia para recordar que en un sueño que tuvo una hermosa doncella se casaba con un príncipe y otra bella nacía.

Viajaban hacia palacio por un escarpado camino, había que pasar por un lugar llamado Buholandia, era muy peculiar pues todos los seres que allí habitaban tenían siempre que decir la verdad.

Al ver el cortejo un diminuto pajarillo se acercó y viendo a la madre reina que se asomaba por la ventanilla, rompió a reír.

—¡i i i i i... ¡Qué gorda estás! Si no comieras tanto...

La reina madre, muy ofendida, gritó:

—¡Que castiguen a ese mamarracho!

El pajarillo levantó el vuelo y no pudieron darle caza.

El viaje continuó con el disgusto de la reina madre. Siguió mirando por la ventana cuando le llamó la atención un pequeño cervatillo que se afanaba en comer copiosamente de una planta muy extraña. Era una planta muy bonita con unas hermosas flores.

—¡Alto! —gritó de nuevo la reina madre— y saliendo de la carroza se dirigió hacia el cervatillo que los observaba con curiosidad.

—¿Qué comes cervatillo? —dijo la reina madre.

—Es una planta que me permite estar fuerte y a la vez mantenerme delgado.

—Eso no puede ser —dijo la reina madre.

—Perdone señora pero en este lugar no se miente jamás.

—¿Crees que si yo la tomara adelgazaría como tú?

—Por supuesto majestad, coméis y acto seguido os venís conmigo corriendo quince kilómetros, os garantizo que adelgazaréis.

—Bahhh, paparruchas, quiero comerlas y ya está.

—Perdón majestad, el ejercicio es fundamental.

—Pues no estoy de acuerdo, adiós.

Muy airada la reina madre abandonó el lugar. Pensaba en llegar a su castillo y comerse un buen chuletón.

A lo lejos ya se divisaba el castillo, el príncipe le dijo a Olivia:

—Estamos llegando ¿te gusta mi reino?

A lo que Olivia le respondió:

—Es el lugar de mis sueños.

CUIDADO CON LOS SUEÑOS QUE SI REALMENTE
LOS QUIERES SE CUMPLEN.

FIN

Dedicado a los que sienten miedo en la noria.

LA NORIA

JUANA MARÍA VIVANCOS GABARDA

Este fin de semana son las fiestas en el pueblo. Rocío está contenta y pasa a recoger a Isabel, su amiga íntima. Se montan en los caballitos, el carrusel y entran en el túnel de la bruja. Van saboreando un trozo de turrón cuando descubren una caseta, poco iluminada, entre los árboles del jardín donde se halla instalada la feria. Se trata de un mago que acierta el futuro. Él y su ayudante visten una túnica azul oscuro con la cabeza cubierta y los dos llevan sobre ésta una gran estrella plateada. Isabel es reacia a consultarle, pero Rocío siente gran curiosidad. Le explican el proceso: primero el mago mayor intercambia unas palabras incomprensibles con su colaborador y después éste le susurra al oído algo, pues —según cuentan— es la parte del proceso donde entran en contacto la sabiduría del sabio y la energía vital que aporta el más joven. Ella sólo tiene que intervenir cerrando el triángulo. Para ello, le dan un vaso con agua jabonosa y una pajita. Cuando Rocío consiga una burbuja del tamaño de una mandarina, el mago leerá en las irisaciones de la superficie tornasolada su futuro.

Así se hace. El mago se aproxima y dice ver en la tenue esfera la cabeza de un hombre mayor, apenas perceptible, que la reclama para que vaya a su casa.

Isabel permanece escéptica. Piensa que es un machista que la

envía a su casa para preparar la cena, lo que no se sostuvo cuando se encontró a su padre quejándose por una caída que había tenido en la calle.

Al día siguiente, sábado, compraron almendras garrapiñadas, fueron a la caseta del tiro al blanco y, al final, pasaron por la caseta del mago. Esta vez les comunicó que veía dos pingüinos dejándose deslizar por un teclado inclinado. Rocío miró las irisaciones y, aunque no de forma nítida, también creyó verlos. El mago le dijo que eran unos parientes que vivían en una zona con nieve y que próximamente vendrían al pueblo. Efectivamente, tenía un tío que afinaba pianos y vivía donde nevaba todos los inviernos.

Las dos amigas se emocionaron, tanto que el domingo fueron directamente al puesto del mago, pues Isabel también quería consultarle. Pero el puesto estaba cerrado y había un guardia esposando al mago mayor. El pequeño se había escapado.

Según parece, cuando los clientes estaban ocupados con el vaso y la pajita, olvidaban los bolsos, ocasión que aprovechaba el mago pequeño para robarles.

¡Qué desilusión! Sólo les quedaba la noria. Se resistían a montarse, les producía mucho miedo, así que recurrieron a los copos de algodón azucarado. Pero no se les olvidaba su experiencia con la magia. Además, el hermano de Rocío las acosaba, repitiendo sin tregua lo candidas que habían sido.

Han pasado años, muchos años. Las dos amigas se casaron y ahora se encuentran viajando con sus dos maridos para disfrutar de su jubilación.

Se hallan en un parque de feria al lado de una gigantesca noria, pues la guía les ha recomendado encarecidamente la panorámica inolvidable que se divisa desde lo alto de la imponente noria.

Se miran a los ojos, se sonríen. A ninguno le atrae la idea. Alguien dice:

—¡Esto no va a ser peor que lo que hemos pasado en otros tiempos!

Y se suben. El ascenso es lento aunque la sensación de vacío lo hace desagradable. La bajada es peor ya que, además, aumenta la velocidad. Sienten vértigo y cierran los ojos. No se les ocurre recrearse en las vistas y están arrepentidos de haberse montado y, lo que es peor, en una de las agitadas vueltas pierde velocidad y al final se para. Por el altavoz dicen algo de una avería, que será cosa de poco tiempo y piden disculpas. Ellos se hallan casi en la cumbre y sus miradas, con ojos muy abiertos, se cruzan cargadas de miedo. Está oscureciendo y la ciudad aún no está iluminada.

Rocío rompe el silencio y comenta sonriendo:

—Ya sé que es una tontería, pero me viene al pensamiento una duda que tengo desde los doce años y si esto acaba mal nadie me la va a aclarar. Me explico. Yo había leído en una obra de Julio Verne que el protagonista en una situación apurada se fabricó con hielo una lente y, concentrando los rayos solares en ella, como en una lupa, pudo quemar una cuerda y salir del apuro. Pues bien, yo estaba escuchando a mi padre que comentaba las manchas que producía la escarcha en la fruta y pregunté si sería causadas por los cristales de hielo y los rayos el sol.

Me miraron en silencio y siguieron hablando.

—¿Dije una tontería?

Entonces replicó su marido:

—Desde luego Rocío, ¡tienes unas cosas! Siempre serás la misma. Luego te quejas. Que seas tonta o no ahora no tiene importancia. En la situación que estamos hay que ver las cosas más seriamente, sin trivializar. Yo, mientras tú hablabas, he hecho un balance de mi vida, la cual ha estado muy marcada por mi abuela. Ella me enseñó, con todos los pormenores, el arte de la tacañería.

Rocío asintió con la cabeza.

—Era una experta. ¡Nunca he conocido a nadie que la igualara!

—Esta introducción —dijo carraspeando— la hago para explicar ahora, arrepentido, haber obrado tan mal. Y no intento justificarme.

Dirigiéndose al matrimonio, les dijo:

—Yo era íntimo amigo del hermano de Rocío, es más, por eso la conocí y nos convertimos en cuñados. Un día vino a casa muy apurado, me pidió que le prestase cierta cantidad de dinero por un asunto que le apremiaba. Yo podía asumirlo, aunque era una cantidad importante, pero reaccioné de la siguiente manera. Dije:

—Bueno, pues lo vemos, pero ahora escucha, tengo que hacer urgentemente un estudio profundo y extenso sobre cierto comportamiento humano, me urge mucho. Pongamos el foco sobre alguien conocido, mi hijo, por ejemplo. Yo soy su padre, tú su tío y padrino. Es un personaje complejo, muy complicado, que nos puede dar pie para el estudio.

—Hicimos un análisis exhaustivo de mi hijo con plena sinceridad, pero yo me las arreglé, provocando, para que hiciera comentarios muy descarnados, hasta el punto que, ante su gravedad, me puse de pie y reaccionando violentamente lo eché de mi despacho. Me sentí muy lastimado con sus juicios, no los podía permitir. No volvimos a tener contacto y por lo tanto no tuve que prestarle el dinero. Pero ahora lo veo de otra manera y me arrepiento desde lo más profundo de mi conciencia.

Rocío lo mira con los ojos cuajados de lágrimas

—¿Qué por eso perdí el contacto con mi hermano? ¡Tú me diste una versión muy distinta! —dice con voz grave—. Pues mira, mira bien ese pájaro que pasa volando. No es un mochuelo, es una mochuela que le acaba de decir a su pareja: los hijos ya están criados, yo ahora voy a hacer con mi vida lo que quiera, voy a disponer de ella. ¡Ya no aguanto más! Me voy a un hermoso olivar de Jaén, que te vaya bien y cada mochuelo a su olivo.

Se hizo un silencio muy tenso. Entonces, Isabel, para suavizar comentó:

—No os he contado lo que me pasó el martes pasado. Estaba en el Ayuntamiento del pueblo esperando mi turno, entró un hom-

bre y como no quedaban asientos libres cogí el bolso del banco para hacerle sitio. El hombre, ya acomodado, empezó a conversar conmigo. Me preguntó de qué familia era y cuando la localizó se puso contento, dijo que cuando era pequeño había salido en una procesión del Viernes Santo de nazareno con un primo mío. Y hablando de santos me contó que a él se le había aparecido Dios. Fue en un campo, bajo un pino, después de comer y en plena siesta. Me lo describió: —Era alto, con ojos grandes, pelo largo y una túnica como lleva en las estampas.

Dijo que le llamó por su nombre y al ver la cara que yo ponía me dijo:

—Si a usted le pasa no se asuste, nada más tiene que mirarle las sandalias y si no lleva pezuñas seguro que es Dios.

Yo le sugerí que podía ser un sueño pero el hombre, haciendo una pequeña pausa y negando con un movimiento de cabeza, exclamó:

—Por lo que sea, Dios me ha cogido cariño y me ampara a mí y a mi familia —siguió su relato—. Mire usted, yo tengo un hijo que, sin darse cuenta, tomó del veneno que se echa al parral. Se quedó algo trastornado pero gracias a Dios salió adelante. Otro día, sin tener el carnet de conducir, cogió el coche del vecino. Él me dijo que llevaba delante a la Virgen y en los asientos de atrás dos ángeles. Calcule usted qué fuerza llevaría el volante que no sólo no le pasó nada, sino que lo aparcó en la puerta del vecino.

Me nombraron y tuve que despedirme.

A pesar de las circunstancias todos sonrieron. La ciudad, ya iluminada, era un bello espectáculo. Parecía que estaba en brasas. Era una noche limpia, cargada de estrellas. Alguien comentó.

—Con este cielo no hace falta que nos estrellemos.

Se oyeron risas nerviosas. La noria giró, pero sólo un poco. Por el altavoz se disculparon y aseguraron que ya estaba casi a punto. El marido de Isabel dijo entonces: —¿Os dais cuenta? Somos fuertes,

no perdemos el control en una situación desagradable. Yo pienso que nuestra generación, como ha tenido muchas dificultades, se ha hecho fuerte. Venimos de la dura postguerra. ¡Qué recuerdos! En mi casa no llegamos a pasar hambre pero si había coliflores pues a comer coliflores. En la calle se veía gente rebuscar en los cubos de la basura que bajaba cada vivienda. En la fresquera de la cocina de mi casa yo, con mucho cuidado, levantaba la malla metálica que la cubría e, introduciendo un macarrón y perforando con él el cartucho de papel que contenía el azúcar, recuerdo que sorbía con inmenso deleite.

Criábamos un pollo en la terraza para la cena de Nochevieja, éramos diez comensales pero entonces comer carne no era habitual. Mi hermano le enseñó a hacer la instrucción con un trozo de caña bajo el ala —ya sabéis lo militarizado que estaba todo— y el pollo avanzaba hasta donde estaba su cartilla de racionamiento —una réplica hecha a escala de la que teníamos nosotros—. La cogía con el pico y se la daba a mi hermano y así recibía la comida.

Nos encariñamos con el pollo. Éramos diez, pero sobró pollo.

—Sí, marido —dijo Isabel— luchar, sí hemos luchado. Fueron tiempos muy difíciles, ¿Te acuerdas cuando los hijos habían escrito a los Reyes Magos y no nos podíamos permitir ningún gasto extraordinario? Tú recurríste a tu pariente, que te debía una pequeña cantidad desde hacía tiempo. Acordaste una cita con él pero no apareció. ¡Nunca se me olvidará la cara que trajiste a casa! Yo entonces, llena de coraje, lo llamé y le dije que disculpara, pero había surgido un incidente que no te había permitido ir y le dije que yo podría sustituirte acordando la cita para esa tarde. Y pagó.

—Huy, parece que ya nos movemos. Por fin gira.

Por el altavoz ofrecen otro viaje gratuito para compensar a los viajeros.

FIN

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

BALAUROL PRINCIPATULUI

VIVIANA GEANĂ

(Traducción de la autora del cuento)

Pentru copilul care am fost.

Și pentru copilul interior.

A fost odată ca niciodată, că dacă n-ar fi fost nu s-ar fi povestit, un tânăr prinț care călătorea de ceva vreme în căutarea celui mai mare și mai întunecat dușman al principatului său, balaurul.

Într-o zi, în timp ce încerca să traverseze un râu, se împiedică de o piatră și căzu. Deși părea doar un firicel de apă, curentul îl târî până în momentul când reuși să se prindă cu brațele de trunchiul unui copac căzut de-a curmezișul râului. Stând el așa atârnat, văzu o grămadă de pești trecându-i prin față și chiar o broască stângace, care săltând aproape că îi căzu pe față. Asta îl trezi din visare. Respiră adânc, își luă avânt și reuși să se urce pe buștean. În sfârșit putu să meargă și să ajungă pe celălalt mal.

Acolo văzu, pe o pajiște de un verde strălucitor, un cerc de fete cu părul auriu care se hârjoneau și se hlizeau. Își dădu seama că nu erau niște copile oarecare, ci erau zâne. În mijlocul lor trona Nașa Zână. O parte din ele îi pieptăneau părul, din care se desprindeau din când în când perlele înțelepciunii. De fiecare dată când cădea o perlă, o ridicau cu delicatețe și o puneau într-o cutie acoperită de catifea roșie. Din cutie, de deasupra perlelor, se zărea cel mai mare și mai strălucitor granat pe care prințul îl văzuse sau și-l putuse imagina vreodată.

În timp ce prințul se apropia cu pași șovăitori, zănuțele nu păreau să îl fi observat sau să îl bage în seamă. La un semn însă

din partea Nașei Zâne, își încetară ca prin farmec activitățile neobosite.

Prințul se apropie din ce în ce mai precaut. Nu știa dacă întrerupsese un ritual sacru sau doar un simplu joc. În același timp, se temea să nu fi nimerit din greșeală pe tărâmul temutului său dușman și să nu fie încă unul din vicleșugurile sale. Auzise povești despre alți tineri nechibzuți, care intraseră în pădurile fermecate și nu se mai întorseseră acasă, le rămăseseră doar oasele ... uneori nici măcar oasele.

Dintr-o dată, Nașa Zână se aplecă și ridică cutia din catifea. Aspectul și rochia îi erau atât de impunătoare încât prințul, aproape instinctiv, îngenunche în fața ei. Spre surprinderea lui, Zâna îi înmână cutia, spunându-i:

—Te așteptam demult, prințule. Dacă mai întârzi ai chiar și o zi, aceste nestemate s-ar fi transformat în pulbere. O pulbere strălucitoare, desigur, dar care ar fi fost spulberată la prima adiere de vânt. Ia-le, sunt ale tale, tu le-ai dobândit. Eu doar am avut grijă de ele.

Granatul era fructul unei flori de lotus ale cărei petale îl ținuseră la adăpost și îl protejaseră ani de zile. Zânele, la rândul lor, avuseseră grijă de el în așteptarea zilei când urma să apară viteazul care s-ar fi aventurat până la tărâmul balaurului. Nașa Zână era singura care cunoștea adevăratul dar și nume al pietrei: Dragostea.

Prințul știa foarte bine ce reprezenta granatul. Salvarea principatului său, aflat de mulți ani sub stăpânirea balaurului, atârna de el. Acea piatră era singura armă care putea să-l învingă pe puternicul său dușman, orbindu-l cu strălucirea-i amețitoare.

Tânărul îl luă cu delicatețe cu ambele mâini, îl sărută și îl strânse la piept, punându-l sub cămașă. Mulțumind zânelor, se despărți de ele întorcându-se la râu, de astă dată într-o barcă pe care i-o făcuseră cadou.

Se făcu noapte. Era o noapte extrem de întunecată. Norii ascunseseră cu gelozie luna îndărătul lor. Oricât încerca să i se opună, prințul simțea cum îl toropea oboseala. După un timp, nemaiputând să reziste, căzu înfrânt în brațele somnului. Între timp, barca, urmându-și cursul, pătrunsesse pe nesimțite pe teritoriul inamicului.

În timp ce prințul visa, legănat de ritmul dulce al curenților, se auzi dintr-o dată un răget asurzitor. Deschise speriat ochii și văzu cum din apele negre se ridică înfricoșătorul balaur, care dintr-o mișcare fulgerătoare îi înhăță granatul. Totul se petrecu atât de repede încât nu avu timp să facă nici cel mai mic gest de împotrivire. Puțin lipsi să nu-l omoare și pe el, așa cum făcuse și cu alți viteji, dar cum începea să se lumineze, balaurul se preocupă mai curând de propria-i retragere, înainte de căderea zorilor.

Prințul rămase dezolat în mijlocul Lacului Amărăciunii, un loc format din lacrimile altor nefericiți care încercaseră să se opună la rândul lor marelui inamic. Începu să plângă. Își smulgea părul din cap, neîncetând să spună: «Cum am putut fi atât de delăsător?!» Avusese în mâinile sale comoara mult râvnită și, într-un moment de neatenție, pierduse totul: propriul principat era acum pe punctul de a fi complet distrus.

Se uită în jur. Lacul era neclintit, nu se auzea niciun zgomot, nici măcar o undă nu se clintea pe suprafața lui. Unde ar fi putut să dispară balaurul? Acum nu-i mai rămânea nimic de făcut decât să îl caute și să îl înfrunte, cu tot avantajul enorm pe care dușmanul îl deținea față de el.

Găsi în buzunar perlele înțelepciunii dăruite de zâne. Le privi cu un zâmbet trist: la ce îi mai puteau folosi acum?! Dintr-o dată, își aminti un detaliu pe care îl menționau multe din poveștile pe care le auzise despre acel personaj, căruia nu îi acordase prea mare atenție la momentul respectiv. Se spunea că balaurului îi plăcea mult muzica. Greu de crezut că unui monstru îi putea

plăcea ceva atât de delicat, însă se hotărî să încerce: nu mai avea nimic de pierdut.

Nu își amintea însă niciun cântec. Singurul care îi veni în minte era un cântec de leagăn pe care i-l șoptea la ureche doica lui înainte de culcare.

—Nani, naniiii, puiul mamiii/Nani, nani, nani, naniiii...—murmură o dată, fără să se întâmple nimic. Suprafața lacului rămase la fel de neclintită și indiferentă.

Mai încercă o dată și încă o dată.

A treia oară auzi un zgomot teribil, și dintr-o dată apărură din apă teribilul său dușman. Ținea între dinți mult râvnita piatră, granatul, care strălucea precum o mie de sori de purpură. Prințul trebui să-și plece privirea, pentru a nu fi orbit.

«Repede, trebuie să acționez acum, ori niciodată!», își spuse prințul continuând să cânte, în timp ce se apropia de marginea bărcii de care se sprijinea balaurul.

Deodată, îi veni în minte o nebunie: să îl gâdile, în ciuda faptului că inamicul avea corpul acoperit de solzi tari și lunecoși.

Luat prin surprindere, uriașul începu să râdă în hohote. Granatul căzu rostogolindu-se în barcă. Prințul îi ridică rapid și fu pe punctul să îl orbească pe balaur, pentru a putea apoi să-l omoare mai ușor.

Însă ceva îl făcu să se oprească: acum că recuperase nestemata cu puteri neprețuite, nu mai era nicio grabă. Lupta era ca și câștigată. Uitându-se de astă dată drept în ochii balaurului, constată cu uimire că temutul său adversar încetul cu încetul își schimba aspectul. Enorme sale aripi se transformau în mâini de copil. După o vreme, din imensa creatură nu mai rămase nimic. În locul ei, abia ținându-se de marginea bărcii, se afla un băiețel care se uita la el însuși cu uluire.

Cel puțin la fel de surprins precum copilul, prințul îi prinse în brațe și îl ajută să urce pe vas. Micuțul, încercând să-și ascundă

cu stângăcie goliciunea, începu să plângă, implorând:

—Nu-mi fă rău, te rog, sunt fiu de rege. Într-o zi, după ce am fugit din palatul părinților mei, m-am întâlnit cu un vrăjitor care m-a blestemat să mă transform în balaur până în ziua în care voi putea din nou să râd. Du-mă până la palatul părinților mei și te vor copleși cu daruri.

Prințul nu se lăsă rugat de două ori, deși nu avea complet încredere în spusele copilului. Putea fi încă o capcană a balaurului pentru a-l păcăli și a-l abate din nou din drum. Cu toate acestea și în ciuda îndoielilor, ceva îl făcu să aibă încredere și să urmeze instrucțiunile puștiului.

Când ajunseră la destinație, nu mică îi fu surprinderea prințului când își dădu seama că palatul părinților băiatului se afla în propriul lui principat și că acolo îl așteptau înșiși părinții lui. Aceștia nu mai avuseseră niciun moment de liniște de la dispariția lui. Aproape că pierduseră orice speranță de a-l mai re-vedea, așa cum li se întâmplase cu celălalt fiu al lor, care dispăruse cu mulți ani în urmă, după o ceartă în familie.

Prințul habar nu avea de existența aceluia frate, crezuse întotdeauna că era singur la părinți. Nu îi vorbiseră niciodată de el. Se îmbrățișară îndelung, fără a-și putea lua ochii unul de la celălalt, văzându-se pentru prima oară cu adevărat.

—Frate —îi spuse prințul băiatului—, ia această piatră, ți-o dăruiesc. Ție îți aparține cu adevărat. Mulțumită ție am primit un dar mult mai mare: un frate a cărui existență nici măcar nu o bănuiam.

Se îmbrățișară cu toții, frați și părinți laolaltă. Balaurul care amenințase timp de atâția ani principatul dispăruse. La fel și blestemul care planase asupra familiei. Începând din acea zi, trăiră mulțumiți și fericiți până la adânci bătrâneți.

Esta primera edición de *La cerillera de cristal y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en diciembre de 2019.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este noveno volumen se han recogido los cuentos escritos por: Viviana Geană, Mariu Cánovas Romero, Pedro Arques Gallego, Juan de Dios Berna Mestre, Fuensanta Marcos Capel, Beatriz Romera Sánchez y Juana María Vivancos Gabarda.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 18, 19 y 20 de octubre de 2019 en La Casa de la Piedra. Murcia.

Y ocurrieron tantas cosas y tan divertidas que no las olvidaremos fácilmente.
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-1-2



978-84-120981-1-2